Alain Badiou. Las condiciones de la filosofía

Uno de los puntos centrales que se desprende del texto de Badiou, es que la filosofía no está exenta de los modos en que el tiempo, la historia, las ideas, construyen mundo. Es decir, el pensamiento filosófico, o el que piensa filosóficamente, no recorre caminos alejados de los y las mortales, no se separa de lo que ocurre cotidianamente. La diferencia radica en que vive y piensa esa cotidianeidad, esa realidad, a partir de registros diferentes a la misma. Emergen esos registros, esas formas del pensamiento, de la intención de “salirse de uno/una mismo/a”, de plantear cierta distancia a la inercia de lo cotidiano.

Digamos, podemos decir, que nuestra cotidianeidad nos impone inercias, cosas que hay que hacer para vivir en este mundo. Lenguajes, prácticas, modos, costumbres, identidades, diferencias, etc. Llegamos aquí y todos y todas (siempre hay la excepción) usamos más o menos las mismas tecnologías, vestimos similar, trabajamos (o aspiramos a hacerlo) en el mismo régimen de trabajo (el asalariado), participamos en redes sociales a través de la interacción virtual. Nos entendemos porque hablamos el mismo lenguaje. No me refiero al “castellano”, sino al hecho de que las palabras adquieren un sentido y un significado que ya damos por hecho: cuando decimos “familia”, seguramente se nos viene a la cabeza una imagen más o menos similar a todos/as. Lo mismo cuando decimos “trabajo”, o “éxito”, o “belleza”. El asunto es que todas esas prácticas, lingüísticas, laborales, políticas, etc., son construcciones humanas, por tanto sometidas a nuestros caprichos de sentido, a las formas dominantes detrás de las prácticas y de las ideas. El tiempo, el modo en que lo medimos, lo contamos, lo administramos, hace de y con nosotrxs, cierta clase de “sujetos” en el mundo. Hay decisiones que no tomamos respecto de quién somos, qué pensamos, cómo interpretamos. Ya son decisiones que tomó la historia por nosotrxs, y en las cuales nos ubicamos como comunidad. Eso es lo que llamamos “cotidianeidad”, o “sentido común”.

Es en este sentido, entonces, que tenemos que comprender que hacer filosofía, es hacerlo también con los elementos que tenemos para pensar este nuestro mundo, pero volviéndolo contra sí mismo. Es la reflexión, la re-flexión. Y la reflexión filosófica es un pensamiento que se nutre de esa inmediatez que es la vida en común, pero que al mismo tiempo intenta suspender esa inmediatez, esa velocidad, para pensar en lo que cualquier inercia pasa por alto. Por eso, dice Badiou, en el pensamiento que busca la filosofía hay una “mezcla” de temporalidades, lo que podemos pensarlo como la tensión entre la imposibilidad de “saltarse” el presente y sus condiciones (condicionamientos), y la idea que, no obstante esos límites, piensa un futuro inmediato deteniendo algún ámbito de ese presente para revisarlo en su sentido.

La historia del pensamiento es también la historia de los límites que ese pensamiento ha tenido de acuerdo a las condiciones de su emergencia. Por ejemplo, Platón, Sócrates, Aristóteles (pensadores de la antigüedad griega, entre el 2500 y 2300 AC, pensaron y escribieron muchísimo respecto de la vida, la democracia, la libertad, todos ellos parados en un sistema esclavista y de sometimiento al género femenino. ¿Invalida ello sus discursos sobre la democracia y la libertad? Para nada. Seguimos pensando con y gracias a Platón y Aristóteles. Pero hay que tener en cuenta esos contextos para explicar sus ideas, sus limitaciones para otros contextos. Aristóteles decía en *La Política*, por ejemplo, que “quien nace esclavo, muere esclavo”. Ello tenía que ver con una concepción específica de la naturaleza, con cierto orden de lo inmóvil, que habitaba en su filosofía y que de allí se trasladaba al orden y la virtud de todo lo que existía. Parece muy lejano, no obstante, muchas personas aún creen en similares ordenes naturales para los sujetos según dónde nazcan o las *virtudes* que tendrían según su proveniencia étnica, etaria, genérica, social, etc. Por ejemplo, las naturalizaciones de la pobreza, o de la violencia de género, o de la explotación laboral, de que riqueza sólo está ahí porque algunxs nacen ricos y ya, son modos de dar por hecho un sistema de vida, un sentido. Nuestras sociedades siguen siendo aristotélicas y platónicas mucho más de lo que creen. Pero, otra vez, lo mejor de Platón y de Aristóteles es su pensamiento filosófico que empujó los límites de lo pensable en su tiempo porque propusieron ciertas formas de lo universal en relación a la democracia, la política, las ideas, etcétera. Es ese deseo de experimentar un pensamiento que de lo cotidiano se remonte a *lo universal,* que exceda la mera particularidad. El riesgo, como le pasó a Platón y a muchos/as, es quedarse en esa universalidad y no poder volver “a la calle”. Riesgo para el pensamiento propiamente filosófico, pero no para otras lógicas de pensamiento en las que el inmovilismo, lo fijo, lo universal sin particular, es conveniente.

Badiou quiere señalar la relación entre la filosofía y la vida del pensamiento. Es decir, entre ciertos principios para pensar y la condición que impone la vida histórica. Es esta alquimia lo que impone las condiciones de la filosofía. Entonces, lo que está sugiriendo y creo que es cierto, es que cuando “filosofamos”, lo que hacemos es preguntar según la experiencia del mundo.

Pero, ¿qué es experimentar? ¿Experimentar es una apropiación subjetiva/individual, o esa *vida histórica i*mpone ciertos “datos” desde los cuales partimos? ¿Cuáles son los “datos” en los que existimos? ¿Cuáles son esos datos en relación al ámbito político, jurídico, lingüístico? Experimentar es una palabra que deriva de prueba, de ensayo. Lo que probamos y ensayamos respecto al mundo, y a esos específicos datos del mundo que señalaba (esos datos que hacen a los ámbitos específicos del derecho, de la política, de lo jurídico, del lenguaje, etcétera), ya están tramados en sentidos y significados, los cuales podemos (y debemos) exponer para que la experiencia sea consciente, es decir -dicho más transparente- para que no nos operen por dentro. Pensemos cuánto condicionan nuestro mundo la política, el derecho, el lenguaje. Seríamos ingenuos si creemos que en éstos ámbitos no hay ya experiencias hechas que determinan nuestra propia experiencia del mundo que esos ámbitos delimitan.

En la filosofía platónica, dice Badiou, se experimenta el atravesamiento de la matemática, la poesía, el amor y la política de su época como parte de lo que piensa. Por eso el autor nos dice que la filosofía no puede trabajar únicamente a partir de sí misma, como si fuera un saber absoluto, como si operara con categorías exclusivísimas. Eso la haría incomunicable, elitista. Por el contrario, para Badiou, la filosofía no debe especializarse en una sola condición, porque la vida ésta hecha de multiplicidades. Ampliando: la filosofía se segmenta en filosofía política, filosofía del derecho, del lenguaje, de la tecnología, de la infancia, de la historia, etc etc. Ello porque son todos ámbitos en donde los seres humanos hacemos algo con el mundo, por tanto puede (y debe) ser pensado el mundo que generan, que excluyen, que orientan. Se juega mucho en la posibilidad de pensar o no qué pasa a nuestro alrededor. Pensar qué nos pasa hoy, aislados por una pandemia global, no se reduce a qué hacemos con el tiempo encerrados, sino advertir de las tensiones existenciales que nos provoca en nuestra experiencia del mundo y, más allá, los efectos que tiene en el “sentido común” que teníamos del mundo, del derecho, de la justicia, de la distribución de los recursos, en el tiempo previo a éste conflicto que atravesamos.

Todo lo que pensamos, entonces, es reflejo de las formas vivientes de la creación humana. ¿Qué creamos con lo que creamos? En todo lo creado hay pensamiento, por tanto, podemos pensarlo. Según Badiou, la relación entre la filosofía y lo que existe de humano en el mundo hay que buscarlo en los conocimientos que nos ligan al mundo: el arte, las experiencias políticas, las transformaciones en los modos de relacionarnos, y en el desarrollo científico. Hacer filosofía no puede estar desligado de aprehender (la H al medio es importantísima en esa palabra) lo que sucede en éstos ámbitos, sino el riesgo es convertirse en un discurso vacío, sin interlocutores.

Las cuatro condiciones de la filosofía son, entonces, la *invención científica*, la *creación artística*, las *nuevas formas del amor* y las *invenciones políticas*. La invención científica remite a el saber del conocimiento. Pero, ¿qué es conocer? ¿qué sabe el conocimiento, y cómo sabe eso? ¿Qué es lo que no conocemos por las limitaciones que tiene ese saber? ¿Qué deja fuera? El poder de tener el saber iamginamos que ya se conoce o se supone. Hay en el conocimiento, poder, eso es claro. Desde el poder de “saber leer” frente a muchos que no (que era bien claro en otras etapas de la humanidad, por ejemplo entre quienes “traducían” las Sagradas Escrituras a su antojo frente a la mayoría qe debía creerles…), hasta el poder de tener el conocimiento que establece qué saber es válido para pensar el derecho, la política, el lenguaje, etc. Lo *científico* ya pareciera tener valor por ese nombre, pero el concepto de “ciencia” también es y ha sido objeto de disputas por su definición, y su definición cambia el mundo, ni más ni menos. Pensemos que hasta hace muy poquito, en nuestro país se degradó al Ministerio de Ciencia y Tecnología y se lo convirtió en Secretaría al igual que al Ministerio de Salud y hoy, frente a la pandemia, ponemos todas nuestras esperanzas en lxs científicxs y personal de la sanidad.

La creación artística se refiere a la transformación de las “formas sensibles”. Lo sensible es, ni más ni menos, la recepción física y espiritual del mundo, la percepción y la interpretación, que no son ámbitos que dependan absolutamente de cada cual, sino que al ser ámbitos ya pensados, pensamos, receptamos y percibimos el mundo según categorías ya pensadas y que condicionan nuestro pensar. Entiéndase, entonces, que creación artística no refiere a alguien pintando un cuadro, sino al modo en que nuestra sensibilidad interacciona con el mundo (sabiendo que lo “nuestro” nunca es absolutamente “nuestro”...es una idea que pone un poco en tensión esa idea de “mi verdad” y que “nadie me dice qué tengo que pensar, eso lo decido yo...”. Bueno, la realidad es un poco más compleja, como iremos viendo).

En relación a las nuevas formas del amor, Badiou no se refiere a los emojis de corazón como “lo nuevo” para andar conquistando o confesando un amor. En términos filosóficos, se refiere a la dialéctica de la diferencia entre hombre, mujeres y, agregamos, otres. El término dialéctica, simplificando mucho, se refiere a una relación que muta, muda de modo permanente, aunque parezca fija. El género femenino, en occidente y desde la instauración del sistema esclavista, fue excluido del pensamiento, de la decisión, de la participación en la vida pública hasta hace muy poquito, si nos ponemos a pensar. Eso implicaba modos de relacionarse, de reconocerse, de darse a la *diferencia*. Lo que Badiou está indicando, con mucho criterio, es que la relación en la cual nos reconocemos con otrxs, también está afectada por los modos en que las otredades son construidas en el mundo. El amor y el reconocimiento en la Grecia Antigua suponía un marco de relación con las diferencias ciertamente distinto al de nuestra era. Y ello lo cambia todo: las libertades, las posibilidades, las experiencias con las/los/les otrxs. De hecho, que hablemos o pensemos en lenguaje inclusivo aún nos es una extrañeza, y seguramente a muchxs les resulte ajeno, raro, gracioso, o les produzca rechazo. Pero que esté en discusión el modo de referirnos a cómo nos reconocemos en el lenguaje, supone una modificación en el modo en que sujetos que no se reconocían ni en la A ni en la o, reclaman ser incluidxs. No es apenas una disputa por si suena más o menos bonito hoy en día. Se trata de una disputa por el reconocimiento de que hay otredades que no se reducen a binarismos, binarismos que también son construidos: más allá de la genitalidad masculina o femenina, ¿qué hace “hombre” a un hombre? ¿Pelo en el pecho, juegos brutos, sentarse en la punta de la mesa? ¿Y “mujer” a una mujer? ¿Ser “delicada”, vestirse recatada? Si se entiende a dónde vamos, verán que la filosofía problematiza cuestiones que de hecho ya están entre nosotrxs y que si somos consecuentes con el pensamiento no dogmático, democrático y justo, no podemos suponer que en lo humano hay principios de exclusión absolutos, ya que todo *lo humano* está -justamente- siempre en cuestión desde un punto de vista filosófico.

Las invenciones políticas, discutidas filosóficamente, por último, son las que proponen tematizar las relaciones de poder que nos atraviesan y la cuestión -ni más ni menos- de la justicia, lo cual es una enormidad como concepto. En otro texto, el mismo Badiou sostiene que “justicia es la designación filosófica a la verdad posible de una política”. En sintética traducción, lo que llamamos *lo justo* es una resolución de los modos en que el/los poderes existentes en el mundo logran definirlo, y que la filosofía busca tematizar, exponer, cuestionar, etc.

Como notarán, son todas enormidades esos ámbitos. Por eso es fácil perderse en lo que es filosófico de lo que no lo es, y muchas veces creemos que podemos hacer filosofía de cualquier cosa o desde “mi verdad”. Pero, si todo es filosofía, nada es filosofía. Esto es bastante más complejo, como se irá notando. La filosofía anda en la búsqueda de **conceptos** para poder dar pistas de dónde estamos parado cuando hablamos. Un concepto es una síntesis apretada de muchas cosas, de pensamientos, de historia, de vida, de concepciones. Es un *concebir.* El concepto “naturaleza” tiene un significado ciertamente distinto según nos paremos en su construcción occidental, moderna y europea, o lo hagamos de una construcción de pueblos ancestrales.

La filosofía, como saber errante por los modos en los que existe el ser humano, no se queda en ningún lado fijo, involucra todas las variables posibles para que su pensamiento y sus conceptos sean más y más abarcativos. Siempre sabiendo que nunca serán absolutos, nunca se sabrá el todo. Sobre la experiencia humana, la filosofía, dice Badiou, “brinda los medios para circular a través de esas experiencias”. ¿Qué quiere decir acá “circular”? Significa que el saber de la filosofía procura orientarnos, romper la idea de que hay un camino fijo, de dar vida a los caminos que parecen ya muertos. Entonces, si hacemos filosofía -por ejemplo- sobre el concepto de justicia, o de política, o de lenguaje, lo que intentamos es dar herramientas para cuestionar lo que ya habita al interior de los saberes que ya tenemos sobre lo justo, lo político, el lenguaje.

El objetivo, en definitiva, es responder preguntas en torno a la existencia, y responderlas de un modo tal que la respuesta sea la posibilidad de la siguiente pregunta. Hay descansos, siempre los hay. Los libros de filosofía, y quienes los escriben, afirman cosas, no se quedan en ningún limbo.

Badiou nos aclara que la pregunta filosófica debe orientarse a esas condiciones que nos dan vida, por tanto, pueden resumirse en ¿qué es vivir? ¿qué es la verdadera vida? ¿de qué vida podemos estar orgullosos?

La filosofía, en definitiva, al remontarse a la pregunta y sobre las condiciones que se han mencionado, intenta ayudar a vivir, ni más ni menos. Ayuda a vivir más libre, más comprensivo, más ubicado en una trama existente en la cual es fácil perderse y que nos hagan perder. Dice Badiou que con ello nos liberamos del peso del tiempo y de las ideas antiguas. Pero, ¿porqué el tiempo sería “pesado”? ¿Cómo llega a pesarnos? Lo que pesa en nuestras espaldas, nos fija a un lugar, nos hace más lentos, nos hace mirar el piso, o no poder levantar mucho la cabeza, nos hace más predecibles en nuestros movimientos. ¿Por qué querrá la filosofía liberarnos de ese peso? ¿Por qué las ideas antiguas nos aprisionan? No es que estén mal por ser “antiguas” (de hecho, dijimos hace un rato que seguimos con las preguntas de Platón), sino que es su antigüedad las que las imprime con las condiciones en las que hicieron filosofía, por tanto corremos el riesgo de habitar pasados (y en ellos sus creencias, sus modos de conocimiento, de relacionarnos e identificarnos, de percibir y aceptar mundo, de resolver relaciones de poder) que nos condicionen el pensamiento de nuestro propio presente.

Badiou sostiene que la filosofía es, en ese sentido, *juvenil.* Es decir, no que es “sólo para lxs jóvenes”, sino que su carácter de corruptora la emparenta con modos del crecimiento humano en donde no aceptamos la autoridad tan fácilmente (el rechazo a los mandatos paternos y maternos, por ejemplo, tan elementales en la formación de la personalidad). La filosofía tiene, entonces, una función esencialmente corruptora (no en el sentido asociado que tenemos de “sentido común” a esa noción, como algo inherentemente negativo, aunque podríamos pensar porqué se ha negativizado tanto ese concepto, y puede tener que ver con cuidarlo de su uso más revolucionario), de llevarnos a las verdades (plural, siempre) de la cual somos capaces. Corromper es para la filosofía desacomodar, incomodar respecto a las respuestas dadas. Sócrates, la gran figura de la Grecia clásica, fue condenado a muerte bajo la acusación de “corromper a la juventud” por hacerles cuestionar a sus mayores y a los dioses. Ese es el poder de la pregunta, y esa fue la respuesta de las fuerzas que organizaban esa “realidad” griega.

La filosofía genera incomodidad, de allí que Badiou señale al final de su texto, que es fácil ganarse con ella la “enemistad” con su práctica, en tanto si es una actitud de transformación, de movilización, de desarticulación de identidades fijas, de quiebres de respuestas asumidas. No hace falta demasiada profundidad para entender esto: la pregunta genera la necesidad de fundamentación. Es común escuchar, frente a una pregunta que busca argumentos, la respuesta de que “bueno, es mi opinión, yo tengo la mía, vos tendrás la tuya”. Ese argumento, es una forma de protegerse detrás de una idea de “libertad de expresión”. La filosofía no la ataca ni la pone en juego. Cada cual puede tener su opinión, su creencia. Pero indagar en niveles más profundos para descubrir qué somos, a partir de qué elementos, qué nos constituye, con qué objetivos, con cuales prácticas, etcétera, requiere de poder establecer una comunicación a un nivel más amplio que la comodidad de “mi opinión”. Y eso, puede generar problemas. Pero también genera, sobre todas las cosas, libertad.